

FIVE
t on

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA



MADRID

1917

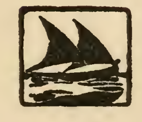
LO QUE TÚ QUIERAS

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LO QUE TÚ QUIERAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro de Lara
el 3 de mayo de 1917



MADRID

1917

Madrid.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.—Teléf. 4430

A RAFAEL RAMÍREZ

RECUERDO DE BUENA AMISTAD

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA	Rafaela Abadía.
CLARA	Carmen Herrero.
RAMÓN..............	Rafael Ramírez.

LO QUE TÚ QUIERAS

Gabinete elegante en casa de Ramón, en Madrid. Sendas puertas a derecha e izquierda. Sobre una mesita, un aparato de teléfono. Es de noche. Luces.

Suena insistentemente el timbre del teléfono. A poco sale por la puerta de la derecha Ramón en traje de casa. Es hombre de mediana edad, contento de la vida.

RAMÓN. *Hablando por el aparato.* ¿Quién? ¿Quién es? ¿Quién me llama? — ¡Ah! ¡Federico! — Bien, gracias, ¿y tú? — ¿Y Aurora? — No, no salimos esta noche; podéis venir. Quería Finita que fuéramos a la Princesa; pero nos quedamos en casa. — A pesar del abono. Ya te explicaré. — No, no; no es cosa de salud... Es que no quiero encontrarme allí con un sujeto... Telesforo, ¿sabes?... — ¡Justamente! *Muy quedo.* Me espera con el sable afilado. ¡Y no tiene gracia! Bajo la voz para que no se entere la Central. — ¡Ja, ja, ja! Así como así, yo celebro con este motivo acostarme temprano. Figúrate: como mañana tenemos que madrugar para la cacería... — ¡Claro! Adiós. A los pies de Aurora. *Deja el aparato.* ¿Qué iba yo a hacer cuando llamó éste? Ah, sí. ¿Diego? *Se retira por donde vino.*

Un momento después sale por la puerta de la izquierda Josefina, la dulce esposa de Ramón, llamada comúnmente Finita. Viste un elegante traje de teatro.

JOSEFINA. ¿Con quién hablaría Ramón por teléfono? Esos amigotes de la Peña y del Club no lo dejan. ¡Dichosas cacerías! Tanta pena como me dan a mí los animalitos... Y lo nerviosa que me ponen los disparos de armas de fuego. *Estremeciéndose.* ¡Uf! Le avisaremos a Encarnita. *Toca el timbre del aparato telefónico y se dispone a hablar.* ¿Central? ¿Central? Salamanca, 96. Hágame el favor. *Deja el aparato, y va indolentemente a la puerta de la derecha. Desde ella mira al interior y dice con malicia diabólica.* Me parece que Ramón se ha puesto el batín y las zapatillas. *Vuelve al aparato llamada por el timbre que suena.* ¿Es la casa de los señores de Garrido? — Bien; pues dígale usted a la señorita Encarna, de parte mía, de la señora de Suárez, que no deje de ir a la Princesa, que necesito verla allí esta noche. — Sí, sí; habrá recibido una esquela en que le digo que nos quedaremos en casa; pero luego he podido convencer al señor, y, por fin, vamos al teatro. Dígaselo así a la señorita; que no falte. — Adiós. *Deja el aparato y vuelve a pasear indolentemente, tarareando una cancioncilla cualquiera.*

Aparece en esto Ramón por la misma puerta que antes, y al ver a su esposa tan emperejilada, se queda de una pieza.

RAMÓN. ¡Chica!

JOSEFINA. ¿Qué? ¿Te parezco muy guapa?

RAMÓN. No...

JOSEFINA. ¿Cómo que no?

RAMÓN. Sí, muy guapa; pero no es eso.

JOSEFINA. Pues ¿qué es, que has puesto esa cara de asombro?

RAMÓN. Que me sorprende verte vestida.

JOSEFINA. ¿Iba a andar desnuda por la casa, Ramón?

RAMÓN. Medio desnuda vas, no te creas; porque el escotito...

Josefina. Ah, ¿lo encuentras exagerado? No... La moda pícara. Pero si quieres me pondré una flor aquí en medio.

Ramón. No discutamos el escote ahora. ¿Por qué te has vestido, si nos vamos a quedar aquí?

Josefina. ¿Que nos vamos a quedar aquí?

Ramón. *Sulfurándose.* Pero ¿te haces de nuevas, y de sobremesa lo convinimos?

Josefina. No te enfades, Moncito; no te enfades.

Ramón. ¡Adiós mi dinero!

Josefina. ¿Qué?

Ramón. ¡Que me llamas Moncito!

Josefina. ¿Y qué?

Ramón. ¡Que cuando me llamas Moncito y no Ramón!... ¡Le temo más a un Moncito tuyo!... ¡Pobre Moncito! Yo me entiendo. *Pasea.*

Josefina. ¡Ay, Moncito, qué pronto te enfurruñas! Y no estoy yo para desplantes esta noche. ¡Me ha puesto más nerviosa el café!...

Ramón. Y a mí va a ponerme, Finita.

Josefina. ¿A ti? ¡Si tú no lo has tomado!

Ramón. ¡El que has tomado tú!

Josefina. Ah, ya... ¡Qué manera más delicada de decirme que sientes conmigo!

Ramón. ¿Cómo no?

Josefina. Ea, pues vamos a ver si nos explicamos. Empezando porque yo no he de hacer más que lo que tú quieras... *Ramón la mira.* Lo que tú quieras, lo que tú quieras. Yo entendí que tú, por no sé qué causa, preferías ir a otro teatro en vez de ir a la Princesa; pero que no saliéramos, no lo he entendido ni un instante. *Vuelve a mirarla él.* Nada, nada; ni un solo instante; no me eches esos ojos.

Ramón. Está bien, Finita, está bien; será que hablo yo en griego y que oigo en chino; porque tú, después de mis razones, me has dicho que lo que yo

quisiera, y que no saldríamos, y que nos quedaríamos encantados los dos, y que tú te alegrabas porque yo tenía que madrugar...

JOSEFINA. ¿Sí, eh? ¿Yo he dicho todo eso? ¡Si seré distraída!... Y después de decir todo eso me he vestido para el teatro... ¡Si seré distraída!... ¡Lo que es la costumbre de los miércoles!

RAMÓN. No; no es la costumbre de los miércoles; porque la costumbre de los miércoles es que cenes ya vestida, pimpollo.

JOSEFINA. O que me vista luego; según. Decía yo lo de la costumbre de los miércoles, porque no sé qué le sucede a una que no piensa más que en el teatro cuando llega la hora, y parece como que todo la empuja al teatro. Pero, en fin, no hay que hablar más de ello. Yo no estaba en mí cuando te dije eso que tú dices que te dije de sobremesa...

RAMÓN. Eso que me dijiste.

JOSEFINA. Lo que tú quieras; eso que te dije y que yo no recuerdo. Yo no estaba en mí; pero no hay más que hablar del asunto: nos quedamos, ya que tu gusto es ese.

RAMÓN. Mi gusto, no, Finita

JOSEFINA. Lo que sea, tonto.

RAMÓN. Lo que sea, no; lo que es.

JOSEFINA. ¡Pues lo que es! ¿Y se puede saber lo que es? No te sofoques, hombre. ¡Qué poquísimo aguante te ha dado Dios! Vamos a ver: ¿qué es? ¿Por qué no quieres llevarme a la Princesa esta noche, y prefieres que nos aburramos en casa? Entérame ya de una vez de ese tremendo obstáculo que impide (porque debe de ser tremendo) — no te rasques, — de ese tremendo obstáculo que impide, sin justificación ninguna — no te pasees, — de ese tremendo obstáculo que impide que esta noche vayamos a la Princesa. No soples. *Ramón sopla más.* ¡No soples!

RAMÓN. Si no soplo, sorbo. ¡Algo necesito hacer con el aire!

JOSEFINA. ¡Jesús! ¿Me habré casado con Eolo y no lo sabía? ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN. *Procurando reprimir sus nervios y hablar con calma.* Mira, Finita: te he repetido lo menos siete veces...

JOSEFINA. Y una más, ocho.

RAMÓN. No me interrumpas.

JOSEFINA. Perdona, Moncito.

RAMÓN. Ni me llames Moncito.

JOSEFINA. ¿No me llamas tú a mí Finita?

RAMÓN. ¡Bueno! Te he repetido siete veces...

JOSEFINA. Y ésta, ocho...

RAMÓN. Que un amigo mío, un buen amigo mío, que se juega hasta las pestañas, me aguarda esta noche en el teatro para darme un sablazo de cinco mil pesetas, con que salir de una deuda grave que tiene. Ya me ha dado varios, y no estoy por hacerle el juego más tiempo; pero me cuesta una violencia enorme decírselo a él cara a cara. Lo veo, se me aflige, se me echa a llorar, me invoca la amistad de nuestros padres, que fueron como hermanos, y me saca las cinco mil pesetas. ¡Y no quiero, hija mía! ¿Hay o no hay razón para que nos quedemos esta noche sin el teatro, aunque sea miércoles?

JOSEFINA. Psché...

RAMÓN. ¿Ah, psché?...

JOSEFINA. Sí... Psché... En rigor, no la hay.

RAMÓN. ¿Que no la hay? Pero ¿tú te figuras que yo soy Rothschild?

JOSEFINA. No; pero te caes de bobo, *Ra*-moncito. ¿Has oído el *Ra*?

RAMÓN. Sí, sí; lo he oído todo, *Jo*-se-finita.

JOSEFINA. Te caes de bobo. ¿No comprendes tú que ese amigo, que te conoce el flaco, te perseguirá

a todos lados hasta sacarte las cinco mil pesetas?

Ramón. ¡Quiá! Es un caso urgente. Buscará esta noche otra víctima. Y yo mañana por la mañana me voy de caza.

Josefina. ¡Ay, los animalitos! No les hagas mucho daño, Ramón.

Ramón. Descuida. ¿Conque tengo o no tengo razón, amor mío!

Josefina. Sí, sí; bien pensado... ahora que me entero... Porque lo que es antes no me enteré. Y que, aunque fuera un absurdo, un desatino, ¿qué importa? Es tu voluntad, es tu capricho, es tu mandato... ¿A qué estoy yo más que a hacer lo que quieras tú, lo que tú quieras?

Ramón. Me alegro de que seas tan razonable.

Josefina. Ahora, que nos quedamos en casa con una condición.

Ramón. Tú dirás.

Josefina. Ni gramófono, ni pianola.

Ramón. Bien.

Josefina. Ni me has de leer los fondos de los periódicos.

Ramón. Conformes.

Josefina. Estoy harta de frases: «¡Hacia la ruina!» «Inmoralidad y moralidad.» «¡Ellos y nosotros!» «¡El abismo a los pies!» Oye, qué feas son esas zapatillas.

Ramón. Tú me las compraste.

Josefina. De día. Y con la luz artificial toman un color que subleva.

Ramón. ¡Ay, ay, ay!

Josefina. ¿Qué hay?

Ramón. ¡Nada! ¡El abismo a los pies!

Josefina. ¡Quítate ahora mismo esas zapatillas, por Dios!

Ramón. ¿Y tú, no te quitas ya el traje ese?

JOSEFINA. Primero tú las zapatillas.

RAMÓN. Anda, mujer, no seas machacona. Vístete de casa, y bajaremos un ratito al entresuelo.

JOSEFINA. *Como picada de una avispa.* ¿Al entresuelo?

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Al entresuelo? ¡No, Ramoncito, no! ¡Eso sí que no! ¡Llévame a cualquier parte, si te has arrepentido de dejarme aquí; pero no me lleves al entresuelo!

RAMÓN. Basta, Finita; se acabó. No he dicho nada del entresuelo.

JOSEFINA. No, no se acabó; no se acabó, porque te conozco.

RAMÓN. ¡Sí se acabó!

JOSEFINA. ¡No se acabó!

RAMÓN. ¡Pues no se acabó!

JOSEFINA. Me llevas a un *cine,* me llevas a un café, me llevas a cualquier teatrucho; me llevas a la Plaza de Oriente, a coger frío: al entresuelo, no.

RAMÓN. Pero si yo no tengo empeño, muchacha...

JOSEFINA. ¡Es que aunque lo tuvieras! ¡Qué familia! ¡Qué gente!

RAMÓN. ¡Dale, bola!

JOSEFINA. Me carga el padre, me carga la madre, me carga la suegra, me cargan las niñas, me cargan los muebles, me cargan los cuadros, me cargan los timbres... ¡No soples!

RAMÓN. ¿Te vas a acatarrar?

JOSEFINA. ¡No soples! Y, en fin, decidamos una cosa u otra. ¿Qué hacemos? Discurre algo, hombre de Dios. No te hagas la víctima inocente. Estás como un tomate; parece que te va a dar una congestión de un momento a otro...

RAMÓN. ¡Y no es lo malo que lo parezca, sino que me dé!

JOSEFINA. No me asustes, Moncito. Anda, no seas malo. Discurre algo para pasar la noche. Yo estoy dispuesta a hacer lo que tú quieras.

RAMÓN. ¿Lo que yo quiera?

JOSEFINA. Como siempre.

RAMÓN. Ya lo veo; sí. Pues si has de hacer lo que yo quiera, cámbiate de traje ahora mismo.

JOSEFINA. *Después de mirarle las zapatillas.* Lo que tú quieras. ¿Cuál me pongo?

RAMÓN. El que más te agrade.

JOSEFINA. No, no; el que tú quieras.

RAMÓN. Pues el azul con los botones encarnados.

JOSEFINA. Te has ido a estrellar en el azul, que está en el tinte.

RAMÓN. ¡Mire usted por dónde!... Pues ponte el otro: el verde con los botones negros.

JOSEFINA. También está en el tinte. ¿Es desgracia?

RAMÓN. ¡Caray! ¿Cuál no está en el tinte?

JOSEFINA. Ninguno más.

RAMÓN. Pues ponte uno cualquiera de los otros.

JOSEFINA. ¿Te gusta el morado?

RAMÓN. ¿El morado? Mira: es el que más me va esta noche. Póntelo.

JOSEFINA. Como tú quieras. Ahora mismo. Vendré con el traje morado, y luego haremos lo que tú quieras, lo que tú quieras y lo que tú quieras. *Desde la puerta de la izquierda le sopla un beso, y se va después.*

RAMÓN. ¡Ay, Moncito!... ¡Moncito!... Moncito!... *Por la puerta frontera llega Clara con los periódicos de la noche.*

CLARA. Señor: los periódicos.

RAMÓN. Déjelos ahí. Y vaya usted al tocador de la señora, que se va a mudar de vestido.

CLARA. ¿No van los señores al teatro?

RAMÓN. No.
CLARA. ¿Que no?
RAMÓN. ¡Que no!
CLARA. ¿Se ha puesto mala la señora?
RAMÓN. No.
CLARA. ¿Y el señor?
RAMÓN. No.
CLARA. ¿Que no?
RAMÓN. ¡Que no! Ande usted a lo que le he dicho. *A una mirada de ella a sus pies.* ¿Tampoco le gustan a usted las zapatillas?
CLARA. Yo no he abierto mis labios, señor; pero ya que el señor me lo pregunta, sepa el señor que todo lo contrario: que me tienen enamorada. ¡Como que le pienso comprar unas iguales a mi Saturnino!
RAMÓN. ¿Ah, sí? ¡Pues yo le regalaré a usted éstas... y todos contentos!
CLARA. Muchísimas gracias.
RAMÓN. No hay de qué. Vaya usted, vaya usted ya con la señora.
CLARA. ¿Despido el coche, entonces?
RAMÓN. Sí.
CLARA. ¡Pobre señora! ¡Qué contrariedad!
RAMÓN. ¡No es cuenta de usted!
CLARA. Hablaba para mí, señor.
RAMÓN. Pues otra vez hable usted más bajo.
CLARA. Perdone el señor. *Vase por la puerta de la izquierda.*
RAMÓN. ¡Qué mujer más simple! Compadezco al heredero de mis zapatillas. ¡Y Finita hechizada con sus simplezas! *Coge los periódicos y ojea los fondos.* «¡Pobre España!» «¡Prevaricación e hipocresía!» No soples, Moncito. «El cráter del volcán.» ¡Vaya! Que no los vea siquiera, porque volveremos a empezar, y ya parece que ha pasado la nube. *Los oculta.*

Vuelve Josefina. Trae puesto, sobre el traje que

se llevó, un abrigo adecuado y un adorno en el pelo.

JOSEFINA. Chico, no me decido a desnudarme: me voy a enfriar.

RAMÓN. *Desesperado, considerando perdida la batalla.* ¡Oh!

JOSEFINA. La dichosa calefacción de mi departamento no existe. O está descompuesta.

RAMÓN. ¡Y te has puesto eso en la cabeza para abrigarte!

JOSEFINA. Ah, ¿me he puesto...? ¡Pero qué distraída soy!... Chico, allí dentro no se puede parar... Mi tocador es una nevera.

RAMÓN. Sí; pero supongo que hará menos frío que en la Plaza de Oriente, adonde querías que te llevase...

JOSEFINA. Que me llevases a dar un paseo; no a mudarme de ropa. Cuando te pones así no sabes lo que dices.

RAMÓN. ¡No!

JOSEFINA. ¿Te has incomodado?

RAMÓN. ¡Quiá!

JOSEFINA. Pues tienes las orejas rojas como pimientos.

RAMÓN. ¡Las mandaré al tinte también!

JOSEFINA. ¡Ay, qué chusco! Ahora me has hecho gracia, Moncito.

RAMÓN. ¡Como que yo los miércoles tengo mucha gracia!

JOSEFINA. ¡Los miércoles, dice! ¡Pues sí que tienes gracia!

RAMÓN. ¡A raudales!

Pausa. Se sientan los dos rumiando su monólogo. Se miran luego. Atraviesa la escena Clara, contemplándolos. Muy sonriente, se atreve al cabo a preguntar:

CLARA. ¿Despido o no despido el coche?

JOSEFINA. ¡Claro que sí! ¿No le ha mandado a usted el señor despedirlo? ¡Aquí no se hace más que lo que el señor manda!

CLARA. Está bien. *Vase por la puerta de la derecha.*

JOSEFINA. ¿Hay mujer más entrometida? Si no me la hubiese recomendado tu hermana Gloria, ya la habría plantado en la calle.

RAMÓN. Ah, pues si no es más que por eso, plántala. Yo hablaré con Gloria.

JOSEFINA. Sí; con el genio que tiene... ¡En seguida me busco yo un disgusto de familia por una cosa así!

RAMÓN. Tú eres muy sensata.

Pausa. Cada uno tararea una musiquilla.

JOSEFINA. Taratarí taratarí...

RAMÓN. Taratará taratará...

JOSEFINA. ¿Te aburres?

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Yo, sí.

RAMÓN. Lo siento. Ya no te distraes a mi lado.

JOSEFINA. No creo que estés haciendo juegos malabares para distraerme.

RAMÓN. No.

JOSEFINA. Nos acostaremos tempranito, como en los pueblos.

RAMÓN. Sí.

JOSEFINA. ¿Sí?

RAMÓN. Sí. ¿Qué hora será?

JOSEFINA. La que tú quieras.

RAMÓN. Muy amable.

Nueva pausa.

JOSEFINA. La verdad es que por aburrida que sea la obra de la Princesa... ¿Tú tienes la seguridad de que va ese amigo tuyo esta noche?

RAMÓN. ¡Absoluta!

JOSEFINA. ¿Quién te lo ha dicho?

RAMÓN. ¡El bolsillo, en primer lugar! Sobre que es abonado, nena.

JOSEFINA. ¿No lo eres tú y no vas, nene? Yo creo que ese hombre, en todo caso, al llegar al teatro a primera hora y no verte allí, se ha marchado a ver si da contigo en otra parte. O es una urgencia, o no. Como que estoy tentada de pensar que a estas horas en ningún sitio puedes estar tú más seguro de que no te encuentre que en la Princesa. *Ramón se levanta de un salto.* ¿Adónde vas? Ya te he dicho que discos, no.

RAMÓN. ¡Pues aplícate el cuento, mi vida! *Pasea muy nervioso.*

JOSEFINA. ¡Qué bien te sacó el sastre el último frac! Te favorece mucho al cuerpo... ¿Qué haces con los brazos?

RAMÓN. ¡Gimnasia sueca!

JOSEFINA. ¡Ja, ja, ja! *Como reflexionando.* Verdaderamente que es una lástima. Porque la comedia que nos dan esta noche dicen que es preciosa. ¡Y que está puesta con un lujo!... ¡Unos trajes, unas decoraciones!... ¿Has leído en el periódico que hoy van los reyes? Y la piececilla del final creo que es para morirse de risa...

RAMÓN. En casa, ¿hay sinapismos?

JOSEFINA. ¿Lo preguntas por mí?

RAMÓN. ¡Lo pregunto porque los voy a necesitar!

JOSEFINA. ¡Ay, qué gracia! Sí que tienes gracia los miércoles, Moncito.

RAMÓN. ¡Hoy debe de ser martes, 13!

JOSEFINA. Por cierto que estoy en Belén. Tengo que telefonearle a Encarnita que no me espere; que no vamos a la Princesa.

RAMÓN. Ya ella lo habrá advertido.

JOSEFINA. ¡Es verdad! ¿Cómo es posible que esté

a estas horas en su casa? Pues esto sí que es grave: ¡el susto que se va a llevar, habiéndole yo dicho que iré sin falta, cuando se encuentre nuestro palco vacío! ¡Jesús, Jesús! ¡No quiero ni pensarlo! ¡Con la imaginación que tiene esa criatura! Lo menos que piensa es que hemos chocado en el automóvil y que nos hemos hecho astillas. ¡Jesús, Jesús! ¡Tan delicada de los nervios como está la pobre!... ¡Jesús, Jesús! ¡Qué responsabilidad para nosotros!

RAMÓN. *Estallando.* ¡Basta, Finita; basta ya!

JOSEFINA. ¿Qué?

RAMÓN. ¡Basta ya! *Se acerca a la puerta de la derecha y llama con voz estentórea.* ¡Diego!

JOSEFINA. ¿Eh?

RAMÓN. ¡Diego!

JOSEFINA. No des voces, hombre.

RAMÓN. *Más fuerte aún.* ¡Diego! ¡Sácame el frac, y la camisa, y los calcetines, y los zapatos!

JOSEFINA. Pero, ¿te vas a vestir, Moncito?

RAMÓN. ¡Naturalmente!

JOSEFINA. ¿Para qué?

RAMÓN. ¡Para ir a la Princesa contigo, paloma!

JOSEFINA. ¿Vamos a ir, por fin, a la Princesa? ¿Ya no le temes a tu amigo?

RAMÓN. ¡Te temo mucho más a ti! ¿No comprendes, Finita, que si nos quedamos en casa voy a tener el recuerdito de esta escena adorable hasta el día de mi muerte, que será algunos años antes que la tuya?

JOSEFINA. Poco a poco, Moncito; poco a poco. Alharacas y supercherías, no. Yo soy muy pacífica y muy clara. Si me llevas a la Princesa es por tu gusto; porque quieres tú.

RAMÓN. Pero ¿cómo ha de discutirse eso? ¿Hay más que haber oído nuestra conversación? Vamos a la Princesa porque yo quiero, nada más: ¡nada más que porque yo quiero!

JOSEFINA. Cabalito.

RAMÓN. Tengo ahora mismo una viva satisfacción en ponerme ese frac que me hace tan buen cuerpo; y como ya se habrá ido nuestro coche, es para mí un placer indefinible tomar un pesetero, donde podemos coger desde una pulga hasta las viruelas. Además, llegar tarde al teatro y enterarme a medias, me colma las medidas del gusto; y si en el teatro me pesca el amigo de marras, que me pescará, y tengo que darle las cinco mil pesetas, mi placer tocará en lo voluptuoso. ¿Puede dudar nadie de que vamos a la Princesa porque quiero yo? Voy a vestirme sin perder un minuto. ¿Qué botonadura me pongo?

JOSEFINA. ¡La que tú quieras!

RAMÓN. ¡Encantado! *Vase por la puerta de la derecha, por no ahogar a Finita.*

JOSEFINA. ¡Ay!... Durillo de pelar estaba... Pero lo pelé. *Por la misma puerta de la derecha vuelve Clara, con cara de satisfacción. Se queda mirando a Josefina.* ¿Qué? ¿Por fin no despidió usted el coche? *Clara niega con la cabeza sin dejar de sonreírse.* Ha hecho usted muy bien.

CLARA. ¿No ve la señora que una ya conoce la casa? Desde el primer momento comprendí yo que el señor había de empeñarse en llevar a la señora al teatro.

JOSEFINA. ¡Y lo ha conseguido! Tráigame usted mi bolso.

CLARA. Al instante. *Vase por la puerta de la izquierda saboreando su triunfo.*

JOSEFINA. ¡Ay!...

Los hombres, ya corderos o ya fieras,
harán siempre, mujer, lo que tú quieras.

FIN

Madrid, marzo, 1917.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto. Lo que tú quieras.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California. — Heath's Modern Language Series.—Boston New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*). — La pena.— L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*). —Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOÃO SOLER.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

